

La vista desde Castle Rock

Escribir sobre la tumba

Nadia Villafuerte



Dice Marguerite Duras que escribir es el cuestionamiento acerca de toda esa mudez que rodea cada momento ordinario, al bajar la escalera, hervir el café o asomar a la calle. Que la escritura pasa como *nada* pasa en la vida, nada, excepto eso, *la vida*.

En otro escenario y otra época, la narradora canadiense Alice Munro (1931) comparte con Duras no sólo el carácter vitalista, sino el terreno del cual nutre su prosa: si toda escritura nace de una historia personal, si todo autor trasluce algo de sí no obstante el tema, Duras y Munro encuentran en el álbum de familia un pozo del que abren para descubrir la fascinación y el horror de su destino. Contar se convierte para ellas en una forma de sacudir el origen del infierno, ahí donde el pasado se fisuró para convertirse después, gracias a sus espíritus agudos, en literatura.

La vista desde Castle Rock (RBA, 2008), último libro traducido al español de Alice

Munro es, en este sentido, un ejercicio cercano a la autobiografía, puesto que los personajes surgen del álbum genealógico, no obstante las historias conservan su imposibilidad de reconstruir con fidelidad los hechos del pasado, y edifican un pequeño universo de personas desprendidas de su carácter *verdadera*.

Del interés autobiográfico citado en el prólogo, al relato independiente en que se convierte el epílogo, el conjunto está dividido en dos: la primera parte (“Sin ventajas”) retrata el éxodo de la rama familiar de los Laidlaw desde Ettrick, Escocia hasta Canadá; la segunda (“Mi casa”) refiere las memorias de infancia de Munro en Wingham, Ontario; memorias, valga decirlo, con las que Munro no se regodea sentimentalmente, acaso porque no se trata de una infancia perdida, sino de un terreno donde surge su mirada sin complacencias, así como rastros que detonarán su vocación en el futuro, su conciencia de la *mentira* literaria (“En cualquier caso escribe mejor que tú, me dijo. Tardé un poco en caer en la cuenta de que se refería a mi caligrafía. Eso es lo que siempre había significado por aquí ‘escribir’. La otra actividad se llama ‘inventar cosas’”).

Hasta dónde es posible conservar el límite entre la realidad histórica y la invención artística no es lo más importante de un periodo del que la autora rescata el mínimo eco de su pasión libresca (“En la parte inferior del valle de Ettrick estaba Aikwood, el pueblo natal de Michael Scott, el filósofo y mago de los siglos XII y XIII que aparece en el *Inferno* de Dante”), mientras descubrimos datos no menos asombrosos (que una Laidlaw recitara un gran número de versos posteriormente incluidos como aportaciones en un libro de Sir Walter Scott:

“Eran para cantarlas, no para imprimirlas —se supone que dijo—. Y ahora ya nunca más se cantarán”).

La autora destaca el cariz errabundo de una generación de hombres y mujeres que, ya instalados en otro continente, tendrá como rasgo paradójico cierto sedentarismo. También se asoma la melancolía o el resentimiento interior al que arroja todo exilio: “Sus hermanos mayores podían preguntar: ¿Por qué no te vas a América?, cuando discutían y uno de ellos quería poner en ridículo al otro”, aunque América, la costa de América fuese hasta antes de desembarcar “una tierra tan tenue como la bruma absorbida por el cielo”.

Si la primera parte de *La vista desde Castle Rock* es una vuelta al origen, en la segunda se explora con mucho más proximidad la realidad física de la provincia canadiense. Quizás este escenario, mitad indómito, mitad promisorio, marcó en Munro la conciencia sobre la precariedad y la dureza brutal de existir que tienen sus personajes. Es aquí donde se logra ver el medio en el que creció: por un lado está la asfixiante naturaleza, el contexto rural y la escasez; por otro, la bonanza suburbana y los motivos que detonarán la inclinación por los libros aun cuando éstos no sean bien vistos (“A Irma le desagradaba ver leer a la gente porque no es una actividad sociable y, a fin de cuentas, ¿para qué sirve? Cree que la gente está mejor jugando a las cartas”).

La enfermedad y muerte de la madre, las frustraciones que oculta el trabajo nocturno del padre en una compañía de fundición, el hallazgo amoroso de una mujer (tal vez la propia autora viéndose con distante frialdad) en medio de “pueblos y campos por donde asoma el pasado en el presente como las huellas de un glaciar en el paisaje”,

Contar se convierte para Munro en una forma de sacudir el origen del infierno.

la extraña y breve experiencia doméstica de una joven son algunas de las anécdotas descritas.

En las historias de Munro no hay la fractura abrupta pero diluida que hallamos en Raymond Carver, y tampoco el asomo de una revelación aterradora en la aparente cotidianidad de los universos de Chejov. Los relatos de *La vista desde Castle Rock* (como muchos de los cuentos de Munro), sin ser propiamente breves —pues la autora no se limita en recursos expresivos— profundizan en vidas nada extraordinarias, existencias comunes que, no obstante, demuestran cómo los sucesos corrientes son capaces de presentar trascendentes disyuntivas morales, en un largo trayecto donde la vida es una suma de efímeros gozos y permanentes insatisfacciones. La fureza de sus personajes no proviene de las grandes hazañas de éstos, sino de la serenidad para aceptar que están donde no quieren ni deben, aunque tampoco puedan huir a ningún otro sitio (como quienes aman y odian con el mismo desapasionamiento con que alimentan a los animales de su granja).

Alice Munro logra una complicidad con existencias caseras, en apariencia anodinas: es probable que todo ser humano advierta la sensación de que la vida, con



Alice Munro

todo su pesimismo y acritud, merece gastarse como la conocemos, en nuestros esfuerzos por someterla, en nuestro afán por sentirla conmovedora aún, insignificante, nunca consoladora pero tampoco desesperanzada.

Tal vez por eso, *La vista desde Castle Rock* ocurre en otro lado —y de verdad ocurre en la medida en que uno siente pasar el tiempo— y, sin embargo, abre la intimidad de sujetos que nos recuerdan lo que creíamos saber y hasta ese momento redescubrimos; como si ellos fueran parientes compartiendo su ironía, su insolencia, su congoja, su desdén, su desesperación, su hastío inflexible, aunados a la certeza de que están pasando por un asunto del que no sabremos nada nunca, o de que *algo* escapa siempre en el transcurso de las emociones, y debe dejarse intacto el paso grave del enigma sobre los momentos triviales.

En la sencillez de la prosa se encuentra un atributo más: sin derroche lírico aunque de ningún modo básica, más bien sutil y sin pretensiones estilísticas pero nunca cándida (pues hay en su lenguaje la riqueza propia de la voz madura y a menudo severa a la hora de observar), construye personajes capaces de referir toda una vida llena de matices. Las palabras utilizadas por Munro, engañosamente austeras, traen a cuenta detalles psicológicos y revelaciones que arrastran al lector a un punto en el que se olvida cómo se inició todo, en qué segundo dejamos de estar en un inicio, y cuándo éste se detuvo en seco. Palabras que son semejantes a piedras derribando la falaz belleza del paisaje, con ese “tono frío y educado que tiene por sí mismo la capacidad de herir”.

No contundentes ni sorprendidos, los inicios y finales de cada historia demuestran por qué el relato se aproxima al carácter fragmentario de la vida, a la modesta discreción de dejarla correr, ya que es imposible condensarla, capturarla en su vastedad.

Muchos son los aspectos destacables de *La vista desde Castle Rock*. Hacia el final del

libro, el vistazo cíclico (que da la sensación de haber leído una novela) valida los motivos por los que Alice Munro quiso indagar sobre su antecedente escocés. Contrario al hecho de “cuidar lo que está en la superficie, pues lo que está detrás, tan inmenso y perturbador, se cuidará por sí solo”, a Munro le bastó rasgar la superficie para hallarse frente a los móviles de su escritura, la escritura como una grieta de la memoria que siempre nos excede y no podemos eludir, así debiéramos: “En el colegio, lo lógico era olvidar esas cosas lo más de prisa posible. De lo contrario, *destacabas*. Y eso no era buena idea. E interesarse por los ‘tiempos de antaño’. ¿Qué había pasado aquí? ¿Qué pasó allí? ¿Por qué?”. Munro antepone una explicación: “ocurre sobre todo en la vejez, cuando nuestro futuro individual se cierra [...] No podemos resistirnos a revolver de este modo el pasado, cribando las pruebas no fidedignas, vinculando nombres dispersos y fechas y anécdotas inciertas, aferrándonos a los hilos, insistiendo en unirnos a muertos”.

Dice Marguerite Duras que “de repente todo cobra un sentido extraordinario con la escritura, y es para enloquecer”. Le sucedió a Munro: “El pueblo, a diferencia de la casa, sigue casi igual que siempre. Nadie está reformándolo ni cambiándolo. Sin embargo, para mí sí ha cambiado. He escrito sobre él y lo he agotado. Aquí están poco o más o menos los mismos bancos y ferreterías y tiendas de alimentación, y la barbería y la torre de ayuntamiento, pero para mí todos sus mensajes secretos, pródigos, se han consumido. No para mi padre. Él ha vivido aquí y sólo aquí. No ha escapado de las cosas dándoles el mismo uso que yo”.

A veces la escritura —parecen señalarlos las dos— es eso: un simple alejarse o acercarse al infierno donde se originó la catástrofe. ■■

Alice Munro, *La vista desde Castle Rock*, RBA Libros, Barcelona, 2008, 306 pp.